

algunas casas y cometieron horribles crímenes. En el mes de Julio algunos buques franceses cruzaban frente á las costas de Sonora, que podía considerarse bloqueada; se divulgó que el Emperador de los franceses hacía tiempo codiciaba los placeres de oro de esa región y que la adquisición de aquel territorio formaba una parte de su programa primitivo; se aseguraba que los ricos y valiosos placeres de oro, eran una de tantas ilusiones que habían descarriado á Luis Napoleón, induciéndole á proseguir su empresa con respecto á México. Esos placeres de oro hasta entonces desconocidos en Sonora, no podían ser aliciente para una empresa en tan grande escala, cual era la que se propuso el Emperador francés; pero la verdad fué, que un cierto número de buques franceses de guerra vigilaban en la costa mexicana del Pacífico. La posesión de Sonora por los franceses, les aproximaba á la Arizona, donde en caso dado pudieran darse la mano con los confederados.

El 9 de Julio, á las cuatro de la tarde, fué ocupado el puerto de Tuxpam por poco más de cien reaccionarios al mando de D. José M. Prieto y D. Enrique Llorente. Desde luego fueron citadas y acuarteladas las guardias nacionales de Pueblo Viejo y Tampico el Alto, las de Pánuco, Ozuama y Tantima. Había entrado á la barra un buque pequeño con cincuenta hombres que desembarcaron en el Estero de la Calzada, se encaminaron por tierra á la población y sorprendieron la guardia de la cárcel, resultando un muerto y varios heridos; en la noche el jefe político, con algunos que le siguieron, hostilizó á los invasores que al día siguiente tuvieron en la Barra un encuentro con la fuerza nacional de Temapache y Tantoyuca; dos días ocupó el puerto la fuerza de Llorente, y al tercero fué batida por las secciones reunidas en varios cantones y les quitaron parque y armamento.

El general Zaragoza salió el día 26 de Julio de Acatzingo para recorrer la línea que ocupaba el ejército de Oriente y conferenciar con el ministro Doblado en Puebla. Entretanto las guerrillas, principalmente la de Díaz Mirón, tuvieron frecuentes encuentros con los franceses; les quitaban mulas y hostilizaban de todos modos á los convoyes. Los dos ejércitos beligerantes se limitaban á observarse recíprocamente, conservando sus posiciones respectivas. El partido republicano en México tenía grandes esperanzas y basaba su conducta en tres puntos de alta importancia: la delicada y comprometida crisis hacendaria en que estaba la Francia; el descontento que allá crecía á medida que los sacrificios impuestos para sostener una política impopular, y el hecho notorio de que los Estados-Únidos rechazaban toda intervención de los gobiernos europeos en los asuntos del Nuevo Continente, siendo las manifestaciones públicas en ese sentido, cada día más significativas. También se tenía en cuenta el espíritu de americanismo que se difundía y vigorizaba en las Repúblicas unidas con México por la mancomunidad de intereses.

Ya los periódicos franceses del día 20 de Junio, anunciaban que había sido nombrado el general Forey para el mando en jefe del ejército francés en México. Se habló de los generales Trochu y Montauban para el mando de ese ejército; Jurién de la Gravière, que regresaba á México para continuar en sus funciones de jefe de la estación naval, había asistido á un Consejo de Gabinete y parecía gozar de más

favor que antes. Se sabía que doce mil hombres de tropa se embarcarían de una vez, con los cuales llegaron á veinte mil los que habían de avanzar hasta la capital mexicana; pero después fueron enviados nuevos refuerzos. Vino entonces el primer regimiento de Argelia; el 18 de infantería, el 7º batallón de cazadores á pie y otros dos regimientos de Argelia. Con este motivo se hizo mención de que el 2º regimiento de zuavos, que intentó tomar las baterías mexicanas de Guadalupe, tenía su bandera condecorada por mérito distinguido, ganado en Magenta.

Se mandaron órdenes á Cherbourg, Brest, Lorient y Rochefort, para equipar todos los barcos que formaban la reserva; se dispuso que construyera una compañía particular ocho cañoneras, bajo un nuevo plan. De la escuadra de Tolón fueron separados varios buques para trasportar los refuerzos, distinguiéndose los dos navios de línea "St. Louis" y "L'Imperial;" otros buques de guerra disponibles se alistaron para conducir las tropas. Para estos gastos pidió Napoleón al cuerpo legislativo el crédito suplementario de quince millones de francos. Laurencez se mostró muy disgustado de los reproches, así como de las correspondencias reproducidas en los periódicos franceses, en las que se hacían violentas críticas de su conducta, partiendo los principales ataques del general Douay que revestía el mando de segundo en jefe. Al llegar Forey rehusó Laurencez el mando de una división en el nuevo cuerpo de ejército; solamente quería volver á Francia para justificar su conducta cerca de Napoleón y combatir la influencia de Saligny; el valor, la dignidad de su carácter y sus cualidades militares, le habían creado simpatías en el ejército.

Manifestó su amargura al despedirse de sus soldados: dijo que el Emperador había resuelto aumentar el ejército expedicionario y dar el mando al general Forey, gran cruz de la Legión de Honor y Senador. Laurencez siempre recordaría los días de peligro y de gloria que había compartido con sus soldados. La Historia diría cómo después de la retirada de los ingleses y los españoles, y la defección de los jefes mexicanos que habían solicitado la Intervención francesa, seis mil hombres habían sabido sostenerse en el centro de un territorio inmenso y á dos mil quinientas leguas de su país. El sentimiento público había hecho justicia á la baja de sentimientos de sus detractores, y el ejército expedicionario tendría que recibir completa satisfacción. Laurencez entregó el mando el 25 de Octubre y partió de Orizaba el 10 de Noviembre, acompañado de la mayor parte de los oficiales del ejército, hasta dos leguas de la ciudad.

Grande era la falta de armas en el gobierno del Sr. Juárez; comprábalas de diferentes calibres y en el estado que se las ofrecían, aun sin las bayonetas que á casi todas les faltaban; hacía poco tiempo que había sido rechazado un contrato propuesto por una casa de Nueva York que ofreció en venta veinte mil fusiles, y cuando se quiso reanudarlo, el nuevo levantamiento de fuerzas ordenado por el Presidente Lincoln, hizo que fueran vendidas esas armas al gobierno de los Estados-Únidos y no había motivos para creer que tal necesidad acabara pronto habiendo sancionado el Presidente Lincoln, el 20 de Junio, la ley que declaraba



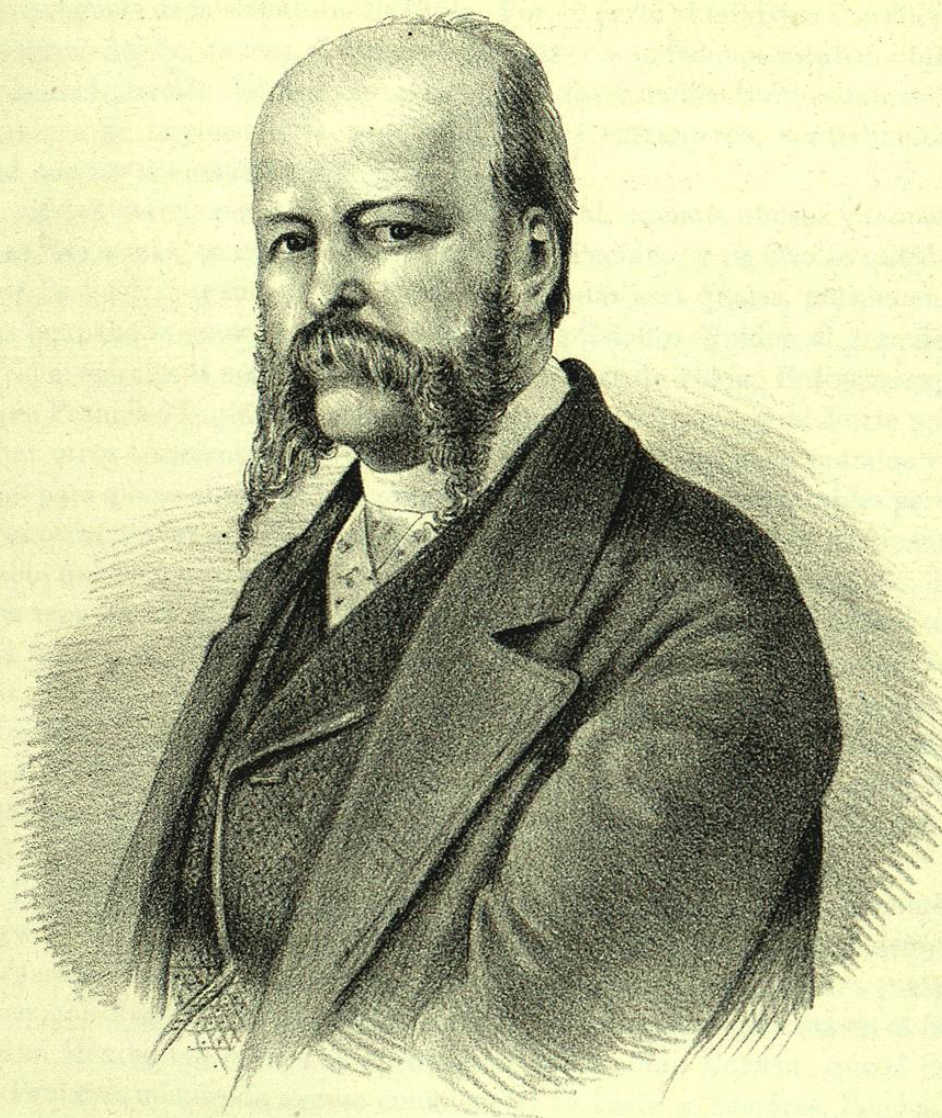
abolida la esclavitud en los territorios y se agravó la situación al ser derrotadas las tropas del Norte frente á Richmond, poco después, al mando de Mac Clelland.

Don Juan Bustamante, vecino de San Luis Potosí, se presentó en Nueva York dando pruebas de que era agente debidamente autorizado, por los Estados de Tamaulipas, San Luis Potosí, Aguascalientes y Zacatecas, y que llevaba la misión de procurarse armas para dichos Estados; se asoció con Mr. Whiting, aunque no llevaba fondos ni cartas de crédito para alguna casa de comercio. Su auxiliar, Whiting, antes de hacer compra alguna de armas y para asegurarse de que no encontraría dificultad en el despacho de ellas, se dirigió al administrador de la aduana de Nueva York, quien le contestó que no había inconveniente de ninguna clase; entonces compró las armas, y cuando quiso exportarlas se encontró con la orden prohibitiva, sin que de nada valiesen los pasos y los esfuerzos hechos para obtener el permiso. Pareciendo que si se embarcaban las armas con conocimiento del Presidente Mr. Lincoln y su gabinete, esto podría dar á la Francia una causa justa de guerra, las armas compradas, que ascendían á catorce mil doscientos fusiles con bayonetas, dos mil quinientos sables, quinientas pistolas y cerca de cinco millones de cápsulas, fueron remitidas por la vía de Quebec, sacando primero cuatro mil fusiles y después los demás; pero las interceptaron y capturaron en el tránsito sin que se lograra, por lo mismo, que llegaran á Matamoros, que era el punto donde había de recibirlas el Sr. Bustamante. Se volvió á insistir con el Presidente Lincoln para que dejase aquellas armas en libertad y aun se le hizo presente la conducta amistosa del gobierno del Sr. Juárez, que concedió al de los Estados-Unidos el permiso de pasar por territorio mexicano tropas para combatir á los separatistas; pero nada fué suficiente para que cambiara la orden dada.

La política de Mr. Seward en favor de Francia, era combatida en las reuniones públicas al protestar contra la intervención europea en los negocios de los Estados-Unidos, y contra la conducta de España y Francia respecto á las Repúblicas de Santo Domingo y México. El cónsul mexicano en la Habana, Sr. Díaz, firmó un contrato para diez mil fusiles y mil sables que habían de ser sacados de Nueva York; pero también esa vez el gobierno de los Estados-Unidos negó el permiso, aunque primero pareció concederlo.

En una comida á que invitó Mr. Seward al representante de México, le dijo: "que si la cuestión americana terminaba bien, la de México tendría buen resultado por ese mismo hecho; que los Estados-Unidos solamente dirían á Francia que iba por mal camino, pero que no harían nada más;" que á las quejas recibidas contra los actos de Almonte, había contestado: "que si los norte-americanos sufrían en México á consecuencia de los disturbios del país, se salieran de él; pero que no esperaran que su gobierno armara pendencia con nadie por protegerlos." La única esperanza de un cambio de política, sería que el Norte obtuviera ventajas sobre el Sur; mas en aquellos momentos, Julio de 1862, no parecía esto fácil.

Deseando las Repúblicas sud-americanas formar alianza con México, resolvieron enviar agentes diplomáticos; por el Perú vino Don Manuel Carpancho y



*Consejero Mr. Eloir.*

Jefe del Gabinete privado de Maximiliano, tuvo durante algún tiempo la mayor influencia en la administración imperial, examinándolo y resolviéndolo todo, aunque su capacidad no estuviera á la altura de su ambición. Cuando sus soberanos se ausentaban de la capital abandonándole Maximiliano los negocios, aumentaban las arbitrariedades del secretario privado que se convertía en ministro universal, dispensador de gracias, concesiones y empleos. Al fin Maximiliano separó de su lado á Mr. Eloir y le envió á Europa con una misión; pero el favorito conservó desde allí su influencia. Eloir era belga y debió su posición á las recomendaciones del rey Leopoldo I.